

Municipios vecinos, hermanos enemigos. Esbozo de dos desarrollos divergentes: Tuxpan y Álamo (Veracruz)

Jean-Yves Marchal

SUS NOMBRES: TUXPAN Y ÁLAMO. Dichos municipios no han conocido los mismos ritmos de desarrollo ni elegido las mismas opciones económicas. Para dar cuenta de este juego, retomaremos los apuntes provenientes de investigaciones realizadas desde finales de 1990 hasta el verano de 1991, conversaciones, encuentros fortuitos, así como el reconocimiento territorial de ambos municipios, mapas y fotos aéreas en mano. El análisis adoptará la forma de un díptico con el propósito de ponderar más afinadamente las iniciativas locales que tuvieron como resultado la formación de dos micromundos separados. De esta manera, pretendemos aportar impresiones e indicios para responder a la problemática planteada en un programa común de investigación. Lo que sigue es una aproximación geográfica.

Lugares y gente

Nos hallamos en la parte baja de la cuenca del río Tuxpan, en la Huasteca veracruzana, entre las primeras elevaciones de la Sierra Oriental y el mar. Existen allí 15 municipios, incluyendo los dos que hemos elegido para este estudio, contiguos entre sí. Por ambos cruza el río, que es navegable en un tramo de 50 km (para embarcaciones de poco calado) o de 10 (para naves de alta mar) a partir de la barra costera.

Cada uno de estos dos municipios reúne unos 100 mil habitantes (Tuxpan 117 252 y Álamo 101 496 en 1990), repartidos en superficies más o menos equivalentes (Tuxpan 1 062 km² y Álamo 1 140). Estas

grandes entidades administrativas se inscriben dentro de un campo próspero, que contrasta con la economía de infrasubsistencia de la cercana Sierra Oriental.

Primeras imágenes

Estamos en la llanura, en un medio donde se desarrolló durante largo tiempo la ganadería extensiva, antes de que la actividad se trastornara por la extracción petrolera de la "Faja de Oro", a principios de siglo, y que posteriormente fue reconvertida a la arboricultura y la ganadería intensiva, dos actividades que apuntan a los mercados nacional e internacional. De las 11 000 familias de ejidatarios distribuidos en ambos municipios, son pocas las que producen granos básicos. Se distinguen, en cambio, por elevadas producciones de cítricos y una ganadería de calidad, fuentes ambas de ingresos dignos de suscitar la envidia de los "pequeños propietarios". Se trata, pues, de un "país" próspero, cubierto de huertas y pastizales, mientras que de su subsuelo mana el petróleo.

En relación con los promedios nacionales, y partiendo de la hipótesis de que entre 10 y 15% de los agricultores mexicanos caben en la categoría de "agricultores-empresarios" que disponen de capital, podemos suponer que muchos de los predios existentes a orillas del río Tuxpan, ejidales o no, productores de cítricos o de carne bovina, deben ser incluidos en dicha categoría o en la de "agricultores en transición". Se han integrado al proceso de alta producción gracias al crédito bancario (Schejtman, 1982). Así, nos encontraríamos ante un buen conjunto de profesionales de la agricultura cuyo porvenir económico está garantizado (Pepin-Lehalleur, 1989). Entreverados en esta trama rural, aparecen polos urbanos y varias vías de comunicación que representan, en un mundo basado en el intercambio, otros tantos elementos económicos favorables, como complemento de la producción agrícola en sí. Los habitantes rurales tienen los servicios al alcance de su mano. Destaca una ciudad de medianas dimensiones (Tuxpan) mientras que se afianza un pueblo grande (Álamo); ambos generan lazos mercantiles con otras entidades.

Sometidos, por una parte, a las diversas influencias que recorren la zona del golfo, unas ligadas a los Estados Unidos y las demás a las ciudades mexicanas, y por otra, recibiendo ayuda gubernamental diversificada (de las capitales federal y estatal) tanto en equipo industrial pesado y portuario como en pequeñas agroindustrias, los municipios de Tuxpan y Álamo resultan representativos de las relaciones existentes entre las instancias locales y las decisiones tomadas en los altos círculos de poder. Estas relaciones, infinitamente variadas, han termina-

do por dejar huella en la distribución del espacio. A partir de una especialización de las actividades, se dibujan a lo largo del río Tuxpan dos manchas de distinto color: una más bien verde por los pastos (Tuxpan), otra anaranjada por los cítricos (Álamo).

¿Hermanos en el jardín del Edén?

Caben algunas precisiones en torno a las cabeceras municipales correspondientes. Tuxpan se llama desde 1955 “Tuxpan de Rodríguez Cano”, en honor de uno de sus hijos, quien defendió a la ciudad (1839) de los liberales. Por su parte, Álamo sigue llamándose “Álamo-Temapache”, pues en 1927 el alcalde se apoderó de los archivos municipales del pueblo de Tempache y decidió, “por sus pistolas”, trasladar su sede a Álamo, que por aquel entonces no era sino un campamento petrolero. Esta disputa municipal interna tuvo repercusiones políticas de escala nacional debido al anticlericalismo de la época y sólo se apaciguó en 1929, cuando mediante un decreto presidencial se ratificó a Álamo su título de nueva cabecera, dado que esta localidad crecía bajo el impulso de la actividad petrolera, mientras que Tempache seguía vegetando en su cerro, a 15 km de ahí.

Estos datos aportan numerosos indicios sobre las características de cada lugar. Tenemos, por un lado, una localidad antigua (Tuxpan); por otro, una tierra “neutral”, cuyo polo administrativo sólo cristalizó por el efecto de un desarrollo reciente. La ciudad de Tuxpan se encuentra a 12 km del estuario, en los primeros relieves que deforman un terreno hasta entonces llano desde la costa, y recibe de frente los “nortes” (huracanes). Ubicado 30 km más atrás, Álamo está en el centro de una cuenca rodeada de cerros poco elevados. Tuxpan vive bajo la influencia marítima, mientras que Álamo es plenamente de tierra adentro. En aquél, la brisa del mar, en éste, la humedad de la tierra caliente.

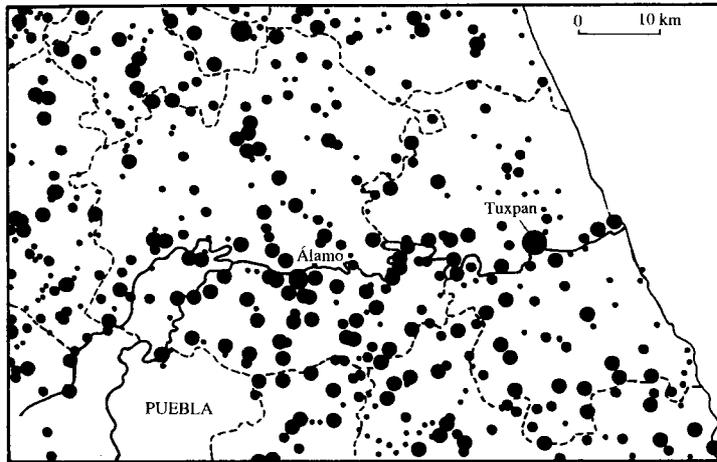
Sin embargo, situados ambos en la misma cuenca hidrológica, estos municipios presentan paisajes muy semejantes: un dédalo de lomas entre llanuras y terrazas aluviales. Se extienden sobre suelos casi idénticos, muy favorables para la agricultura; la tierra es rica en materia orgánica, gruesa, arcillo-arenosa, de agradable textura, sobre todo en las vegas. Hacia el oeste, se yerguen tocones volcánicos, primeros eslabones de la cadena montañosa que abarca el horizonte.

Coloridas huertas cubren las tierras del interior hasta donde alcanza la vista; el paisaje costero se compone de praderas salpicadas de frondosos árboles que cobijan al ganado bajo su sombra.

Esta parte de la Huasteca tiene fama de próspera por sus pastos y

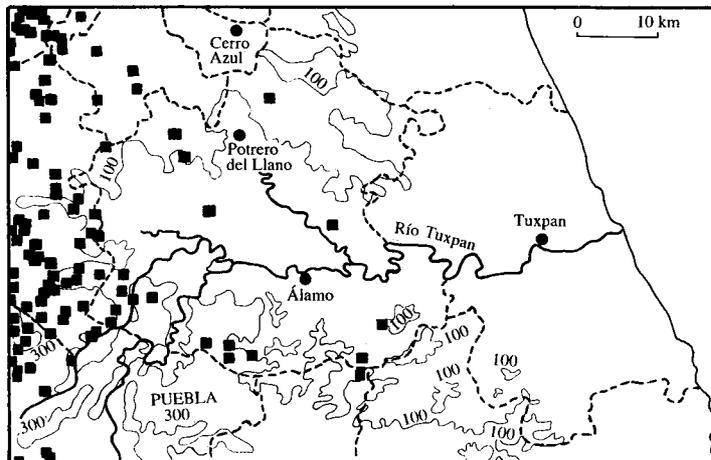
Mapa 1

Población en 1990



Mapa 2

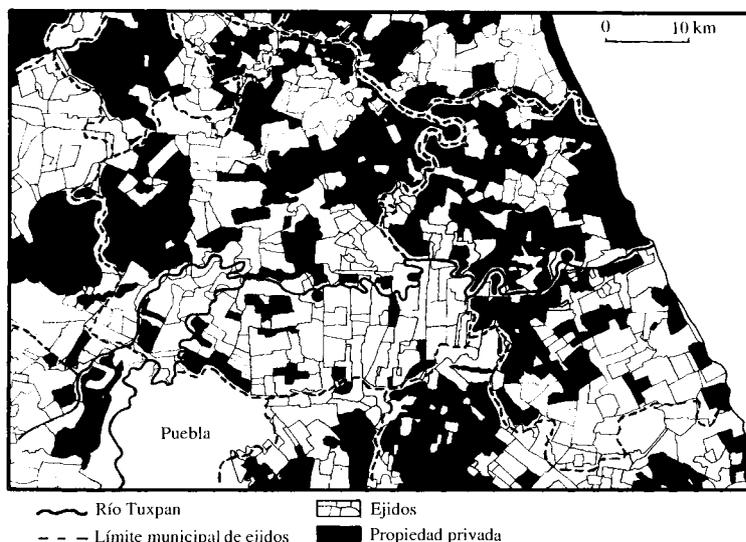
Población en 1990 que habla lengua indígena (más de 50%)



- | | |
|-----------------------|------------------------------|
| • Hasta 500 hab. | ● 10 000 a 20 000 hab. |
| ● 500 a 2 500 hab. | ● Más de 20 000 hab. |
| ● 2 500 a 10 000 hab. | ■ Pueblos de lengua indígena |

Mapa 3

Ejidos en 1991



Fuente: INEGI-ORSTOM-SIG 1991, Veracruz.

sus cultivos, favorecidos por sus 24 grados centígrados de temperatura y 1 600 mm de lluvias en promedio anual. No obstante, este paraíso se ve episódicamente ensombrecido por súbitas heladas, y es periódicamente devastado por las inundaciones que acompañan los huracanes de otoño. El río abandona su lecho, sumerge las terrazas aluviales y provoca daños en las localidades ribereñas, entre ellas Álamo y Tuxpan. Sus habitantes ya están acostumbrados: 1929, 1930, 1933, 1941, 1944, 1955, 1974, 1980, 1990 y 1991, pese a los diques construidos río abajo desde los años veinte y río arriba en la década de los setenta. Un año sí, dos no, el río se desborda con mayor o menor fuerza.

Pese a todo, una vez pasado el temporal, las condiciones naturales son propicias para la comarca. Cuando la resaca enrojece las frondas de los naranjos, la fruta es más dulce y, por tanto, más apreciada por los consumidores. Por su parte, los ganaderos agradecen al “cielo”, es decir, la humedad aunada al calor, que produce buenos pastos y garantiza una rápida engorda del ganado.

Dejemos estas plácidas imágenes para ceder la palabra a los actores locales. Para entender la producción citrícola, hemos reunido opiniones vertidas en diversas entrevistas; en lo que a ganadería se refiere, nada

mejor que escuchar a los interesados. Progresivamente, se irán perfilando las especificidades locales, vistas además desde dos miradas diferentes. Los ejidatarios-citricultores de Álamo piensan en términos de su municipio y demuestran gran apego a la tierra, a pesar de que hasta hace poco no eran sino "pioneros", lo cual no les impide hablar de comercio y de valor agregado. En cuanto a los ganaderos, pequeños propietarios en su mayoría, prefieren hablar de "su" región, un conjunto de municipios del que pretenden detentar los "puntos de apoyo", aun cuando reconocen no saber bien cómo "acceder a la modernidad". En su versión, Tuxpan no es sino un dominio entre los muchos de los que siguen siendo amos y señores, mientras que debieron batirse en retirada en Álamo.

Mi lindo naranjal

Cuando aquí el plátano dejó de ser rentable, por 1950-1955, se importaron desde Nuevo León, de la región de Montemorelos, variedades de naranja. Actualmente, sin trabajos, la peor hectárea cultivada produce cinco toneladas de frutas, es decir, 1.25 millones de pesos [tomando como base 250 000 pesos por tonelada, precio promedio de compra de la temporada 1990-1991]. A ese precio, que corresponde a la tonelada cargada en camiones en El Ídolo [anexo mercantil de Álamo donde se realizan todas las transacciones], hay que restarle el costo de la cosecha (30 000 pesos), el del transporte de la huerta a la báscula (55 000), 10 000 de comisiones varias y 5 500 de impuestos para compensar los gastos de fumigación aérea y mantenimiento de carreteras estatales. O sea, una deducción de 40% por tonelada cargada, alrededor de 100 000 pesos. Pero retomando el hilo de nuestro ejemplo, el productor saca en bruto de cualquier manera 750 000 pesos por hectárea. Y habló de los rendimientos más bajos.

Un ganadero para obtener en un año un ingreso bruto equivalente, necesita cuidar bien su ganado y tener un pasto de buena calidad, sin hablar aún de buenos precios de venta. La citricultura deja bastante sin mucho esfuerzo.

Con un poco de técnica: aportar abono, desparasitar los troncos, rociar la fruta en proceso de maduración [para protegerla de la mosca *Anastrepha Ludens L.*, cuya larva daña los cítricos] y dar mantenimiento a la cobertura vegetal debajo de los árboles, el rendimiento anterior puede verse multiplicado por dos o tres, o incluso por cuatro o cinco, cuando el productor halla manera de irrigar su huerta durante un mes o dos mediante bombas de motor. En Nuevo León anuncian 17 ton/ha; en Florida 50 ton/ha. En nuestras vegas deberíamos poder alcanzar de 30 a 40 ton/ha. Los resultados de una encuesta parcial realizada en Álamo relacionan a 1 140 ejidatarios con 6 770 hectáreas de cítricos, un promedio de 5.93 ha por ejidatario (SPP, Tuxpan, 1990). Si dicha superficie arroja, un año con otro, 10 ton/ha,

eso representa cerca de nueve millones de pesos de ingreso bruto anual para el ejidatario. ¿Ahora entiende usted por qué hay tantas huertas?

Pongamos tres años para que la mata de naranjo dé su primera cosecha. Mientras tanto, la parcela continúa produciendo. Se sigue sembrando maíz o cuidando animales. Y, fuera de ciertas sorpresas del clima, la producción es buena. Digamos que el agricultor tiene esperanzas de vivir mejor sin necesidad de acudir al Pronasol. En un año apenas dos o tres decenas de agricultores de Tuxpan y Álamo han recurrido a ese programa. Y, hasta eso, se trataba de daños provocados por la inundación.

Puesto que la explotación citrícola se ha expandido de manera progresiva, los agricultores han podido plantar diversas variedades. De ahí que entre Valencia, Reina, Mónica y la Nave, la cosecha no se detenga durante ocho meses, de acuerdo a las fechas de floración y de cosecha de cada variedad (Temprana, Mayera y Tardía). La Mayera, que corresponde a una floración de primavera, para ser cosechada en agosto, durante un mes “flojo” en el mercado, ya no se vende a 250 000 pesos, sino a millón y medio la tonelada.

Ni siquiera menciono la toronja y el limón, porque a ese respecto las superficies plantadas aquí son ínfimas. Sólo pretendo dejar claro que, con los cítricos, se obtienen entradas periódicas de dinero, lo que constituye una bendición para los ejidatarios.

Fruta, jugo y ventajas locales

Dada la considerable extensión de las huertas, podría pensarse en sobreproducción, de no existir jugueras que se dedican a absorber el “sobrante” de fruta fresca. En Álamo vamos, en 1991, hacia una producción de 700 000 toneladas (640 000 en 1990) y, para 1993, pensamos haber duplicado las superficies de producción, es decir, pasar de las 27-30 000 ha actuales a 60 000, pues cada año se suman 10 000 nuevas hectáreas.

Sin embargo, independientemente de la capacidad de absorción de las agroindustrias, falta cuidar mejor de la expedición de la fruta que aún se carga en la mayoría de los casos a granel, en camiones de alto tonelaje, para un consumo urbano inmediato. Lo ideal sería que exportáramos la mejor naranja, orientáramos la de mediana calidad hacia el mercado nacional y mandáramos la “cualquiera” a la juguera. A la asociación de citricultores le gustaría probar y perfeccionar ese sistema. Podría venderse mayor cantidad de fruta fresca en el extranjero si hubiera mayor esmero en la presentación. Ahora bien, sólo existen tres empresas empacadoras entre Tuxpan y Álamo que seleccionan las naranjas y les dan una buena presentación. Sería muy positivo que hubiera más empacadoras.

Pues no se puede seguir ignorando a la competencia. Álamo está bien ubicado en el mercado, pero no es productor único. Tan sólo en los alrede-

dores están Tihuatlán, Castillo de Teayo, Poza Rica, Papanla y sobre todo Martínez de la Torre. Y si los productores de Montemorelos parecen haber renunciado a volver a plantar tras la helada de 1989 que siguió a la de 1983-1984, en Tamaulipas la zona citrícola está en plena expansión.

En Álamo por ende ya no se trata tanto de crecer como de progresar, garantizando los mercados con volúmenes comercializables de buena calidad. No urge por el momento, puesto que las mejores huertas de California y Florida no pueden por sí solas atender la demanda norteamericana, y menos aún la internacional, pero hay que andarse con cuidado: ya no podemos conformarnos con cosechar.

Hace quince años, por desorganizados, la demanda del Norte nos rebasó y los gringos prefirieron negociar con Brasil. Ellos sólo le tienen confianza a las empresas, no a las cooperativas de agricultores independientes. Ahora ya somos competitivos: nuestras naranjas son mucho más dulces que las brasileñas. Además, tenemos a nuestro favor el calendario: cuando la cosecha se detiene en Brasil, arranca la nuestra. De eso nos enteramos hace poco.

Las dos grandes jugueras de Martínez de la Torre y de Poza Rica son propiedad de Alimentos de Veracruz. Otra, más cercana, que está en Potrero del Llano y pertenece a Citro México Montemorelos, fue prevista para absorber la producción de varios municipios.

En Álamo mismo se han instalado dos jugueras. Dos de ellas son privadas, pero la tercera (concluida a finales de 1989), constituye un motivo de orgullo para nosotros, ya que 95% de los socios son ejidatarios; aunque no tan ricos como ciertos ganaderos, tienen dinero. Lo invirtieron primero en comprar y alquilar tierras, para incrementar la producción de manera extensiva. Luego, cuando decidieron combatir "la mosca", a principios de los años ochenta, empezaron a cuidar los árboles. Y ahora los tenemos hablando de técnica, comercio y transformación. En diez años, esos agricultores se convirtieron en accionistas empresariales, al decidir asociarse haciendo caso omiso de su origen social y sus convicciones políticas.

Cítricos de Álamo, S.A. de C.V. (CIASA) es todo un símbolo; si bien la rentabilidad de la empresa no ha sido demostrada en el plano financiero, ha establecido contactos con compradores norteamericanos y europeos. Esa juguera tiene que obtener buenos resultados, a pesar de que el tránsito de la arboricultura hacia la pequeña industria no resulte fácil para la mayoría de los socios, pues los bancos son más severos con ellos que con un industrial "normal".

CIASA está vinculada a la Asociación de Citricultores de Álamo, pues los socios están afiliados a ella. Ahí existe la misma voluntad de avanzar. La asociación dispone, tras un acuerdo con el gobierno de Veracruz, de una avioneta para la fumigación fitosanitaria. Así, en 1991 supervisó el tratamiento de 30 000 ha. La asociación cobra una cuota de 5 500 pesos por tonelada sacada del municipio después de haber pasado por una de las siete

básculas de El Ídolo y Álamo: 3 000 pesos para los costos de fumigación y gastos de la asociación; 2 000 van al Estado para mantenimiento de carreteras, y 500 se destinan a la fundación de un instituto citrícola en Veracruz.

Los miembros de la asociación contratan a agrónomos de Chapingo y de Cuba con el objetivo de mejorar la productividad de las huertas. En el municipio de Álamo construyeron con el mismo fin, apoyados por la SARH [Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos], un laboratorio de 'tamaño natural' para análisis de los suelos. O sea que sí les preocupa la tecnificación, pero sobre todo la que resulta rápidamente aplicable a nivel municipal.

Junto con los productores y el equipo permanente de mantenimiento de las huertas (tres o cuatro personas por explotación, de preferencia gente de por aquí), ocho meses por año (de septiembre a abril), se contrata mano de obra eventual por fuera, en su mayoría del mismo municipio (hijos de ejidatarios y vecindados) a la que se suman trabajadores de Poza Rica, Papantla o Martínez de la Torre, y si acaso, algunos más que llegan con los camioneros de Hidalgo. En periodo de cosecha, centenas de camiones parten diariamente de El Ídolo, equivalentes a 2 000 o 2 500 toneladas, que representan el trabajo de otros tantos recolectores.

Nosotros los ganaderos

Antes nuestra meta era introducir el ganado vivo en Texas. Era muy sencillo, pero los Estados Unidos frenaron nuestra exportación. Guatemala y América Central aprovecharon la oportunidad para vender la carne más barata. Eso es lo que nos ha perjudicado de diez años para acá. En 1980-1985 salían anualmente de Álamo entre 25 y 30 000 cabezas de ganado, y hoy no llegamos a más de 7 u 8 000. En cambio, Tuxpan conserva el ritmo: 30 000 cabezas al año, pero con destinos diferentes.

Nosotros nos reconvertimos al mercado nacional, al abastecimiento de las ciudades. No obstante, el "vacío" norteamericano ha depurado nuestras filas, y nos hemos concentrado en torno a algunos puntos clave.

Entre nosotros permanecen los ganaderos de abolengo: unos cuantos en Álamo y una buena cantidad en Tuxpan, Tamiahua y Ozuluama; son dueños de buenos puestos, aunque algunos ligeramente salinos. A mayor latitud tenemos fuerza por el rumbo de Platón Sánchez, de Chontla y sobre todo de Tempoal. Ésos son nuestros baluartes. Sin embargo, contamos en la Unión Regional de Ganaderos con la presencia de algunos pequeños ganaderos, privados o ejidatarios, que se aferran a la ganadería porque sus tierras no se prestan para nada más. Se han especializado un poco, ya sea en la crianza (y nosotros adquirimos sus becerros), ya sea en la producción lechera destinada a la planta Nestlé de Naranjos. A pesar de todo, la ganadería en pequeño no resulta rentable. No hay por qué asombrarse de que la arboricultura se trague los pastos.

Un ganadero es ante todo heredero de su padre, también ganadero. Conoce el oficio, dispone de un soporte financiero, de unos cuantos cientos de hectáreas de pradera, y es portador de un valor social que debe perpetuar. Un campesino nunca podrá comprar un semental de 30 millones de pesos: está fuera de su alcance, aun tomando en cuenta la ganancia que le reditúan las naranjas del año. En cambio, un ganadero que goza de prestigio en la Unión Regional de Ganaderos viaja, expone sus animales en las ferias de Centroamérica, Brasil o Texas, se informa en torno a las nuevas técnicas ganaderas. Esto significa que ya no le basta con contar sus reses, sino que se especializa en la compraventa de ciclo rápido, haciendo rendir pastos sembrados, de buena calidad. Algunos pueden cultivar naranjas, pero nunca en los "santuarios" mencionados, donde la ganadería constituye el eje de las actividades.

En esas zonas estamos intentando, mediante la Unión, controlar la cadena comercial de la carne de res, desde la matanza hasta el almacenamiento de la carne en cámaras frigoríficas, en condiciones de calidad sanitaria irreprochables; la meta es reducir el intermediarismo. El Estado nos está ayudando, pues le interesa el abastecimiento de las ciudades. Pero siempre nos queda la nostalgia de la exportación hacia Texas. No nos cansaremos de exigir la autorización correspondiente.

Aquí, con las razas Brasil, Suiza y Holanda, la ganadería resulta rentable cuando disponemos de suficiente tierra y se respetan los límites de propiedad. Aun así, tenemos que solicitar préstamos para sembrar pastos, fertilizar y comprar los becerros. Ahora bien, los intereses bancarios son muy elevados [hasta 28% a un plazo de seis meses, 1991], y no tenemos la suerte de los ejidatarios, que cuentan con el apoyo de Banrural. Además, viene la sequía, los pastos se queman, la carga de ganado decrece y nuestra cadencia de compraventa disminuye. En tal caso, para alimentar a los animales, tenemos que comprar forraje, alfalfa, alimentos de Tampico y cáscaras de naranja provenientes de las jugueras. La engorda, en tales condiciones, resulta muy onerosa.

Y organizarnos no es nada fácil. Antes nos quejábamos de los intermediarios, tanto para cruzar la frontera como para la venta en la capital. Decíamos que ni podíamos transportar el ganado hasta puntos lejanos, ni asumir los riesgos que esto implica; tampoco sabíamos cómo hallar forraje en la ciudad ¡y menos aún a los compradores! Tan sólo cargábamos a los animales en camiones, a las puertas del rancho, y los pesábamos en la báscula más cercana. Cuando queríamos recibíamos los pagos en efectivo. La Unión Ganadera mandó construir un rastro en Tempoal, pero como no podemos financiar el costo de la compraventa, preferimos alquilar las cámaras frigoríficas a una sociedad privada. En Tihuatlán estamos construyendo otro rastro con las mismas características, donde ofreceremos el servicio de matanza y refrigeración a... los intermediarios. ¿Sabremos aprovechar esa inversión y superar más adelante esta etapa para entrar en trato directo con el gobierno?

Los ejidatarios son muchísimos. Lo han tenido todo: el usufructo de la tierra, los préstamos bancarios en condiciones ventajosas. Desde hace cincuenta años son los grandes vencedores. Conozco a algunos que son comerciantes y que, de una u otra manera, han llegado a controlar más de 500 hectáreas de naranjales. Se supone que no tienen derecho, pero se las arreglan para que la ley los ampare.

Yo me mantengo como ganadero, porque me gusta, y pertenezco a la Unión Ganadera, pero también a la Asociación de Citricultores. La ganadería es para mí una actividad adicional. He decidido orientarme definitivamente hacia la fruticultura y, en este sentido, no hago sino imitar a los ejidatarios a los que les ha ido bien.

Indicios

La pauta está dada. Si bien las primeras impresiones ocultaban las diferencias y las tendencias contrarias, he aquí un cuadro en que el naranja y el verde no se mezclan en total armonía.

Surgen varias incógnitas: ¿por qué, según las opiniones vertidas, algunos hablan de sobreproducción de cítricos y otros de posibilidades de desarrollo (extensión de las superficies cultivadas y adopción de técnicas más avanzadas)? ¿Será que no todos captan un mismo mensaje ante un mismo paisaje? Hay quien duda de haber elegido la buena opción al plantar cítricos o al conservar sus pastos, mientras que su vecino, convertido en empresario, está plenamente inmerso en el negocio y conoce el valor de la oferta. Por su parte, el ganadero no tiene a un comprador en la puerta de su casa y vende cuando le parece; cuida con esmero sus pastizales, calcula sus intereses y se toma su tiempo.

Con base en las declaraciones anteriores, podemos pensar que la fruticultura, al igual que la ganadería, no es un simple producto agrícola, sino también un producto social. Es decir, que la producción se inscribe dentro de un conjunto determinado de pensamientos, voluntades y prácticas. Para algunos, la citricultura constituye un método extensivo y veloz de ocupar el espacio: acaban de adquirir (o de invadir) un terreno, y no se les ofrece localmente ninguna otra opción: se integran en un sistema al cual desearon pertenecer y anhelan acercarse a quienes, aprovechando la experiencia acumulada, pasaron a controlar el mercado. La segunda alternativa es la de quienes prefieren hablar de pastizales, de bueyes y de mataderos.

La organización del espacio, por un lado, y la manera en que la gente percibe y describe sus actividades, por otro, ponen al descubierto una compleja red que resulta de estrategias acumuladas (individuales y colectivas), significativas en relación con las posibilidades que ofrece el

contexto geográfico (clima, suelo, ubicación dentro de la infraestructura regional, grado de integración al mercado). Los municipios de Tuxpan y de Álamo son espacios construidos, cuyas características dan cuenta de fenómenos sociales. Sus rasgos materiales, visibles, combinan, en gran parte, las acciones y representaciones que los habitantes tienen del lugar.

Dos casos específicos

Para explicar mejor el presente, es necesario remitirnos al pasado. Evoquemos, pues, las haciendas y los ranchos del siglo XIX; remontémonos a la denominada "era del petróleo", durante la cual ambos municipios adquirieron su actual fisonomía.

El interior desatendido y la costa privilegiada

Al comparar la actual cartografía de la región con los mapas de fines del siglo XIX descubrimos que, una vez franqueados los primeros 15 km a partir de la costa, existía un gran "vacío". Tierra adentro, entre Tuxpan y los alrededores poblados de Chicontepec, trepado en la Sierra, 80 km al oeste, no reina el vacío absoluto, pero sí un cúmulo de pequeños asentamientos salpicados aquí y allá. No hay ningún pueblo aparte de Temapache-Tihuatlán, hacia donde convergen las rutas de los arrieros. Así lo indica el primer mapa detallado de este sector (Fages, 1959) y el de la Comisión Geográfica Exploradora (1905). Hacia el oeste, la carretera que une al Pánuco con la capital de la República sigue la ruta de los lomeríos, desde Tantoyuca hasta Tempoal; una desviación se desprende de ella para alcanzar las salinas y pesquerías de Tamiahua, como único lazo directo entre la falda montañosa y la costa.

Ese espacio es visto como uno de los "confines del mundo" por la ciudad de Puebla, de la cual dependió durante tres siglos (1534-1853). A pesar de disponer de esa "ventana" hacia el Atlántico, apenas ha desarrollado un insignificante tráfico sobre el río Tuxpan. Su propia posición de plaza mercantil entre Veracruz y la capital acapara todos sus cuidados (Meade, 1951).

Así pues, tenemos, esparcidas por aquí y allá, unas cuantas milpas próximas a rancherías y haciendas aisladas; pero, sobre todo, mucha vegetación silvestre: matorrales y formaciones boscosas, de la que se extraen esencias y chicle, colindantes con las propiedades dedicadas a la ganadería extensiva y administradas de lejos por los "grandes" de Tuxpan.

De 30 haciendas y ranchos censados entre Potrero del Llano y Castillo de Teayo, sólo ocho cascos, habitados de manera intermitente, aparecen en la parte sur y oeste del municipio de Álamo (1905).

Localmente sobrevino un acontecimiento que vino a contrarrestar esta ocupación dispersa del espacio. Los comuneros de la congregación de Temapache, inquilinos de la hacienda de Buena Vista (15 000 ha), la compraron en 1826 y la dividieron en lotes (Meade, 1951; INCOSEPP, 1973). Sin embargo, en el resto del territorio la única evolución notable hasta finales del siglo XIX fue la disminución de las zonas arboladas como resultado de la extracción maderera (cedro, zapotal, caoba y roble), lo que permitió la aparición de las primeras praderas de grandes dimensiones, sobre todo en las llanuras situadas a orillas del río Tuxpan. El desmonte requirió de mano de obra proveniente de los altos de la Huasteca, que se instaló de manera permanente y por pequeños grupos en las haciendas, donde cultivó maíz y frijol. Esa región, hasta entonces algo abandonada, fue pues poblándose poco a poco (Alafita y Gómez, 1991).

El aislamiento caracterizó igualmente el “polo” de Tuxpan; lo cual, siendo puerto, se convirtió en un atractivo. En las rutas de cabotaje y de navegación fluvial, por ejemplo, pasó a constituir el punto de partida obligado entre Tampico, Veracruz y las localidades situadas río arriba, tanto para la entrada de mercancías como para la salida de productos locales. Tuxpan detentaba así el monopolio del comercio en el sector y, lejos de todo control, incursionaba de vez en cuando en el contrabando. De esta manera, se desarrolló una burguesía comerciante, formada por unas cuantas familias. Algunas echaron raíces y se hicieron dueñas de las haciendas del interior; otras, recién inmigradas de Europa o del Medio Oriente, invirtieron su capital en compañías de importación y exportación, muy fructíferas. Ganancias en mano, los comerciantes con sede en el Ayuntamiento echaron un vistazo hacia el campo y determinaron comprarlo para hacerlo producir, pues la ciudad crecía y, con ella, la demanda de granos y carne. De tal modo, adquirieron en 1846 la casi totalidad del territorio que habría de convertirse en el municipio de Tuxpan: “su” municipio. Se volvieron propietarios de dos haciendas: Asunción y Santiago de la Peña (Fages, 1959). Dirigían ya la ciudad y su comercio, y pasaron a ser dueños de toda la franja costera, que dividieron en lotes. Desbrozaron; cultivaron maíz, algodón, tabaco, caña de azúcar; dispusieron platanares en las orillas y sembraron pastos en los que introdujeron nuevas especies bovinas. En este negocio, los inmigrantes recién integrados a la burguesía local se asociaron con las familias dueñas ya de las tierras del interior; ambos grupos se unieron en pos de los mismos intereses.

Un país nuevo frente a un puerto petrolero

Posteriormente, hacia 1900, la tendencia se invirtió: el interior cobró superioridad con respecto a la costa; aquél se convirtió en el “país nuevo”, en la “Faja de Oro” (que recorre 80 km, desde Potrero del Llano hasta Poza Rica, proveedora de petróleo y de jugosos salarios para los campesinos-obreros llegados de la Sierra. El dominio que ejercía Tuxpan sobre “su” interior se vio menguado. El *hinterland* que la ciudad controlaba a distancia se fue poblando en medio de una febril actividad y pasó en muy poco tiempo a manos de compañías extranjeras, mayoritariamente estadounidenses. Éstas alquilaban o compraban las haciendas, para luego convertirlas en terrenos de prospección. Poco les importaba la calidad del suelo y la naturaleza de la cubierta vegetal: la riqueza objeto de su codicia se hallaba 200 metros bajo tierra. Así, tomaron posesión, midieron, delimitaron, dividieron y quemaron los campos para abrir el paso a las torres de perforación. Los mapas parecen indicar que las compañías no intervinieron donde existía ya una parcelación territorial relativamente fina. En Tuxpan, por ejemplo, se instalaron únicamente en la orilla norte, en un espacio que aparece vacío en los mapas de 1927 y 1935 (terreno perteneciente a Pemex aún en la actualidad), mientras que en Álamo dejaron intactas las tierras de Temapache. Por lo general, los petroleros respetaron los lotes existentes, lo ya repartido, y explotaron de preferencia el espacio vacío o poco utilizado.

A medida que la fase de producción sucedía a la de prospección, la oferta laboral se iba diversificando: perforación, bombeo, construcción de cisternas, mantenimiento de los oleoductos y transporte. Los trabajadores del ramo petrolero se contaban por millares y fundaron numerosos campamentos, que más tarde se convertirían en centros agrícolas. Mulas pequeñas, vías de ferrocarril y posteriormente camiones garantizaron el enlace entre los pozos, los campamentos y los puntos de embarque y desembarque, ya fueran costeros o fluviales; mientras que el oro negro era bombeado hasta los barcos-cisterna anclados en las terminales, mar adentro. Así se fue estructurando el espacio neutro.

Sacudida por la nueva actividad, la ciudad de Tuxpan asumió el papel de puerto petrolero sin haberlo decidido. Antes vivía tranquila, entre cabotaje y tránsito fluvial, y se halló en pleno desconcierto ante el inesperado trajín del interior. El Banco de Tuxpan acababa de fundarse gracias a las aportaciones de las grandes familias, cuyos recursos provenían, primero, de la comercialización del ganado, luego del plátano y, finalmente, de la actividad portuaria. Por su brusca novedad, el petróleo, aunque producía enorme dividendos, era visto como un estorbo. La “alta sociedad” a duras penas toleraba que las barras norte y sur se convirtie-

ran en sitios de exportación del crudo, y en campamentos principales para El Águila y la Peen Mex Fuel, con edificios estilo Luisiana rodeados de césped, pero no pudo conservar la calma ante la mezcla poblacional, consecuencia de la “petrolización”, que ocasionó una ocupación cada vez más densa de sus propiedades río arriba.

No obstante, el comercio se vio beneficiado: la ciudad creció, las tiendas se multiplicaron. Nunca hasta entonces el río había conocido semejante movimiento de lanchas y chalanas. La renta de tierras a las compañías extranjeras se vio reflejada, en la ciudad, en la construcción de nuevos edificios, además del campanario de la parroquia, seguido poco después por la pavimentación de las calles principales (1920-1930) (Alafita y Gómez, 1991).

Fraccionamiento y alternativas

A medida que la infraestructura petrolera se vigorizaba, las franjas de desmonte se desarrollaron a lo largo de las pistas, abriendo campo a los pastizales y a los cultivos. La exportación agrícola se vio favorecida por los campos petroleros, con tanta mayor facilidad cuanto que eran las compañías las que “dominaban” el terreno y que los propietarios estaban ausentes. Durante los primeros años de la revolución y a pesar de la presencia de Peláez, que fungió como “gran cacique” ante las compañías (1910-1920), no se vio más a los hacendados en los cascos. El ganado abandonado se volvió bravo.

El municipio de Álamo-Temapache se conformaba por peones y obreros calificados. Allí había instaladas personas de habla náhuatl, otomí y totonaca; había también comerciantes y unos cuantos extranjeros (entre ellos algunos chinos). El personal, móvil, pasaba de un campamento a otro y tenía así oportunidad para observar el lugar. Los comerciantes fueron los primeros en cultivar alrededor de las antiguas rancherías o incluso de los mismos campamentos (maíz, frijol, tabaco, plátano, chile y hortalizas diversas), con ayuda de los chinos. Posteriormente, los peones invitaron a los obreros, sin preocuparse por averiguar a quién pertenecía la tierra, si es que la compañía en que trabajaban no la había alquilado o comprado. El auge de la colonización agrícola se favoreció por el hecho de que la vegetación había sido parcialmente arrasada durante las prospecciones. A los “colonos” les parecía estar en “tierra libre”, y pronto se sintieron en casa.

Las empresas extranjeras fungieron así como compañías colonizadoras. Aun cuando no perseguían tal objetivo, dotaron al espacio de infraestructura y fomentaron su poblamiento. Una vez concluido el periodo de prospección (en 1925) y aunque la mayoría de la mano de obra se

trasladó hacia los nuevos centros de trabajo, parte de ella se arraigó, auspiciada por la política gubernamental.

Es entonces cuando licenciados e ingenieros midieron, deslindaron y prepararon la distribución de las tierras, a veces en convenio con las compañías petroleras. El primer reparto se efectuó en Álamo en 1927, pero las solicitudes comenzaron desde 1923-1924. Las superficies ejidales otorgadas variaban de un lugar a otro: hasta 1940, las dotaciones abarcaban 19 495 ha en Álamo y 8 655 en Tuxpan. Se intensificaron de 1940 a 1959 (29 855 y 17 500 ha, respectivamente) para disminuir posteriormente, de 1960 a 1969 (15 296 y 10 387 ha) y de 1970 a 1979 (10 544 y 5 004 ha). Después de 1980, se ha registrado un solo caso en Tuxpan (511 ha).

Cabe señalar que en Álamo siempre se repartió más que en Tuxpan, independientemente del periodo de referencia. Esto se debe a que Tuxpan acogió con suma cautela la reforma agraria. La primera solicitud, en 1923, relativa al rancho de Ceiba Rica (1 070 ha), se consideró como una advertencia. Los ciudadanos, que ya se habían repartido la tierra 70 años antes, no tenían la menor intención de ceder. La extensión de matorrales adquirida por una "Junta Directiva de Accionistas", integrada por 583 socios, reducidos a menos de 200 en pocos años, se había dividido en lotes y acondicionado en ranchos (Alafita y Gómez, 1991). El municipio de Tuxpan se resistía al reparto.

En cambio, el conjunto espacial débilmente estructurado de Álamo se percibía como una "tierra abierta" por los ingenieros de la reforma agraria. Es fácil entender lo que siguió. A partir de la nacionalización de la industria petrolera (1937-1938), cuando la voluntad política tendió al reparto social de la tierra, Álamo se convirtió en un municipio fraccionado por ejidos, cuyos límites coincidieron con los terrenos petroleros y las ex haciendas. Se registraron tantas solicitudes en Álamo de 1927 a 1974, que de 94 ejidos censados *de facto* por la Secretaría de la Reforma Agraria (SRA), 81 recibieron definitivamente resolución presidencial favorable (dotación inicial y eventuales ampliaciones), mientras que 13 aún no gozan de reconocimiento *de jure*. Durante ese mismo lapso, se rechazaron 52 solicitudes (56%). El bloqueo se hace evidente al remitirnos a las solicitudes de ampliación correspondientes al mismo periodo. De 62 en total, 43 fueron denegadas (69%) y 19 otorgadas. Las tierras por repartir se acabaron, pues, desde 1974, hace ya 18 años.

El municipio de Álamo está marcado por el sello ejidal; no así el de Tuxpan, que continúa dependiendo de una tradición citadina, preocupada por los ranchos que la rodean. Ante las reivindicaciones impulsadas tanto por los sindicatos petroleros como por los movimientos agraristas, Tuxpan la vieja opone resistencia. No siempre triunfa, al contrario, pero

el hecho es que dispone de apoyos de alto nivel jerárquico. La reforma agraria se desarrolló aquí cediendo sólo lo indispensable. Alafita y Gómez (1991:34) señalan:

La reforma agraria y la ganadería se afectaron mutuamente en un juego establecido entre propiedad y política; de este proceso se derivó una prolongada negociación de ceder y conservar, hasta llegar a la coexistencia. Si las afectaciones no fueron tan dramáticas para los ganaderos, se debió sobre todo a la lentitud de la aplicación de la reforma agraria durante un tiempo prolongado, por lo que éstos no fueron desplazados de manera drástica. Es más, la ganadería que en la lógica agrícola campesina parecería contraria a sus intereses, aquí se desarrolló de forma muy extendida con carácter ejidal.

Lugares altamente tipificados

Varias prospectivas oficiales (SPP, 1990; Comisión Agraria Mixta, 1990, y Cambrezy *et al.*, 1991) nos brindan una imagen de ambos municipios en forma de dístico en blanco y negro.

En 1990, los cultivos y plantaciones ocupan en Álamo más de 43% de la superficie municipal, contra menos de 15% en Tuxpan. Inversamente, los pastos sólo cubren en el primero de los casos 33% de la superficie, contra más de 74% en Tuxpan. Sin embargo, considerando el número de cabezas de ganado (57 000 en Álamo y 77 650 en Tuxpan) y las superficies de pastos, la proporción de animales por hectárea es mayor en Álamo (1.5 contra 0.98), lo cual permite suponer que la ganadería es más intensiva en ese municipio. Confirmamos esta hipótesis al comparar el número de socios en la Unión Regional de Ganaderos: 443 en Álamo (128 bovinos por socio) y 350 en Tuxpan (222 bovinos por socio). Otro rasgo específico de Álamo consiste en un censo de 10 000 cerdos y muchas aves de corral, lo que lo vincula con los municipios de la sierra, de donde es originaria la mayoría de su población. Su municipio vecino, en cambio, como todos los de la llanura costera, no concede gran importancia a ese tipo de cría, por ser “asunto de campesinos”.

El contraste más notorio se da en lo referente a las superficies de huertas: Álamo detenta 27 000 ha de cítricos (23.5% de la superficie municipal), y Tuxpan sólo 7 000 (6.4%). No obstante, todo parece indicar que los citricultores de Tuxpan, “favorecidos” por su atraso, han optado por diversificar las variedades. La naranja valencia, que monopoliza 87.5% de la superficie citrícola de Álamo, sólo está presente en 42% de la de Tuxpan. Aquí, la mandarina se extiende en una amplia superficie, aunque muy pronto podría estar en competencia con Álamo

(830 ha contra 980), y la superficie plantada con otras variedades (la mandarina reina, etc.) es incluso mayor (3 088 ha, contra 2 351).

La superficie de Álamo es ejidal en 66%, mientras que 60% de las tierras de Tuxpan no lo son. Carecemos de información detallada para discernir qué parte les corresponde a los pequeños propietarios en el conjunto no ejidal; sin embargo, pensamos que es mayoritaria. En Álamo, la pequeña propiedad ocuparía 5% de las tierras cultivadas (13% en Tuxpan), 39% de los pastos (60.5% en Tuxpan) y 83% de tierras sin cultivar y matorrales (69% en Tuxpan).

Menos de 31% de las superficies ejidales son de pastoreo en Álamo (cerca de 60% en Tuxpan). Esta observación se confirma con el hecho de que menos de 20% de los ejidos de Álamo poseen bovinos (Tuxpan 85.3%). Cabe mencionar que, en ambos municipios los ejidos se dividen en parcelas en 90% de los casos e incluso más, lo que puede proporcionarnos una idea acerca del amplio margen que queda para la iniciativa individual. Por otra parte, pocos ejidos presentan una producción mono-específica, aun cuando llega a prevalecer alguna. Para terminar, señalemos también que todos los ejidos se jactan de aplicar "las tecnologías", ya sea ganadera o citrícola.

Dos tipos de ejido

¿Goza acaso el ejidatario de la ventaja de poder sustraerse al determinismo de una clase social bien definida? Es decir, por no ser originario del lugar donde vive, ¿goza de una mayor libertad de movimiento?

En Álamo se han mezclado diversos modos de vida, diversos proyectos: antiguos obreros petroleros, comerciantes, arrieros, solicitantes de tierras y de trabajo, tenderos que migraron de la ciudad. De ahí proviene probablemente la mentalidad de *farmer* que impregna el lugar. Parece que en el momento del reparto agrario buena parte de los ejidatarios tenían cierto grado de instrucción y si bien no conocían todo lo relativo a la naranja, por lo pronto sabían mucho sobre el dinero. Además, varios de ellos, actualmente miembros activos de asociaciones o comités administrativos de las jugueras, pasaron parte de su juventud en Florida y California, cosechando fruta. Se establecieron en la ciudad de Álamo a finales de la era del petróleo, en espera de que el reparto se formalizara. Una vez firmada la resolución, fueron a instalarse definitivamente. Y ahí siguen, al cuidado de sus huertas. Tienen un plan y lo llevaron a cabo. Sin ser mayoría, constituyen un modelo para toda una clase rural paulatinamente atraída hacia la naranja, en trayectorias sociales ascendentes.

En Tuxpan, donde la “ganadería de ranchos” ocupa un sitio privilegiado, ya existía un modelo de explotación agrícola. Por lo mismo, debemos interrogarnos en torno a las relaciones que sostienen ejidatarios y pequeños propietarios. Es muy probable que la parte correspondiente a la llanura (59% de la superficie ejidal) no sea explotada en su totalidad por los ejidatarios, sino que también participen los rancheros.

Quizá los propietarios aceptaron de mejor talante la implantación del ejido desde el momento en que era “su gente” la que ingresaba a él. Da la impresión de que hubo negociaciones entre personas que, pese a no tener un estatus social idéntico, se conocían. De no existir previo consenso, ¿cómo explicar que los ejidatarios hayan dedicado casi 60% de sus tierras a la ganadería? Así, los rancheros se habrían “cubierto” por segunda ocasión, al continuar aprovechando sus antiguas tierras de pastoreo, donde no se desarrollaba ninguna otra actividad. Esta hipótesis requiere ser confirmada, pero encuentra un primer argumento a favor con Alafita y Gómez (1991:54). La ratificación del proceso o el surgimiento de un nuevo equilibrio, tendiente a restablecer las posiciones anteriores, adquiere mayores visos de posibilidad tras las recientes decisiones en materia de ley agraria (1991-1992).

Ciudades y espejo

En Tuxpan, 64% de la población se concentra en la ciudad (62 000 habitantes en 1980), contra apenas 17% en Álamo (15 000). De ahí que la densidad rural sea de 38 ha/km², en el primer caso, contra 67 en el segundo. Podemos hablar, en el primero de los casos, de identidad urbana y, en el segundo, de ruralidad.

Tuxpan, ciudad de medianas dimensiones, es un centro comercial y bancario que se ha convertido en el polo administrativo de la región norte de Veracruz. Se erige en ama y señora, en medio de “sus” ranchos-residencias, de un campo sumido en la modorra. Las sirenas de los barcos ni siquiera la molestan, pues el “puerto” se extiende, con sus dependencias, sus muelles y sus pequeños talleres desperdigados, a lo largo de 12 km (hasta la barra), y no es particularmente activo. Las terminales petroleras se ubican varias millas mar adentro. La ciudad parece no interesarse más que por el sector terciario: es un sitio de descanso, entre su río, su iglesia, sus viejos barrios y unos cuantos edificios modernos.

El eje principal del trazado urbano, paralelo al río, es herencia de las antiguas actividades, mientras que los cerros los ocupan el ejército y los hospitales. Las autoridades municipales quieren devolverle su primacía

a dicho eje, ampliándolo hasta la barra norte, para resucitar la antigua vocación marítima(?). El centro, carente de abolengo histórico, refleja una modernización que se detuvo en 1920, contrarrestada apenas por torpes iniciativas: edificios de oficinas de varios pisos y comercios. Construcciones carentes de toda elegancia han sustituido muchas casas de teja de uno o dos pisos, gemelas de las de Tlacotalpan. Claramente apartado del centro, como para demostrar el dinamismo del crecimiento urbano, se ha levantado un condominio de lujo, cerca del primer meandro del río, desde donde se aprecia una vista panorámica de la ciudad, el río y, enfrente, los umbrosos paisajes de Santiago de la Peña. Por oposición, al norte y noroeste se han multiplicado los barrios pobres que escalan los cerros o se extienden cerca de los pantanos: casuchas amontonadas, hechas a base de piedra, madera y lámina de cartón. Ahí viven miles de personas (SEDUE, 1988).

Álamo es una ciudad en desarrollo, en actividad permanente, que oscila entre su doble carácter de rural y de encrucijada, sobre todo desde que se construyó el puente sobre el río (1979-1981). Cada parcela productiva se vincula con la exportación. Hasta cabe preguntarse ¿entre Tuxpan y Álamo, cuál es el puerto más activo? La localidad no es ninguna belleza. Diríase un enorme taller de reparaciones, una bodega, con sus tractores, sus remolques, su algarabía en los alrededores del mercado, sobre un pavimento lleno de baches. Aunque en 1974 el pueblo haya accedido a la categoría de ciudad, sin haber pasado por la de villa (“en virtud de su progreso económico y demográfico”), su trazado sigue siendo un caos. No hay una plaza central que ponga frente a frente el ayuntamiento y la iglesia; las calles no observan un rigor que cuadricule el espacio en manzanas regulares; el urbanismo brilla por su ausencia. La presidencia se ve arrinconada cerca de grandes tanques de petróleo y la iglesia carece de ubicación adecuada. La única huella de organización consiste en un bulevar “periférico” bordeado de casas bajas, con ángulos de cemento, que desemboca en la carretera Poza Rica-Cerro Azul, frente a la gasolinería y a las áreas de estacionamiento de los tráilers.

Se trata de un antiguo campamento de la Penn Mex, que data de 1910, hecho de madera y lámina, y convertido actualmente en un conjunto de poca consistencia habitacional. Desde su “centro” se accede directamente a las huertas o a los campos salpicados de viviendas inconclusas.

Si bien Álamo dista de poder competir con Tuxpan, su originalidad depende de otro factor: su función de “espejo” para el campo, que difunde la modernidad en torno suyo. De ahí tal vez la “urbanización” de los ejidos, con tiendas, escuela, dispensario médico e incluso terminal de autobuses foráneos, casas frecuentemente bien distribuidas, construidas

con materiales sólidos y equipadas con las comodidades elementales. La rentabilidad de la citricultura podría explicar esa holgura.

El mismo juego de espejos sirve para comentar, en cambio, la escasa urbanidad de la cabecera, como si los habitantes rurales, bien arraigados, sólo pretendieran ver en ese centro un “polo de utilidades”. Máxime que vivir en los ejidos equivale a conservar la posibilidad de criar puercos y aves de corral, así como ocuparse de los panales.

Tuxpan, por su parte, contrariamente a sus pretensiones, está mal comunicada. Aparte de que el tránsito carretero se acerca cada vez menos a la ciudad, se requiere más de una hora (a veces hora y media) para llegar a Poza Rica, la “gran ciudad”, a sólo 60 km, donde también está el aeropuerto Tajín, el más cercano. Sin embargo, aun cuando su inserción regional se ve afectada por la vertiginosa ascensión de Poza Rica, Tuxpan “irriga” la región, es decir, sigue siendo el punto de emisión de flujos inmateriales como son los bancarios o los institucionales, ya que es sede de las dependencias regionales de las secretarías de Estado. En todo caso, la ciudad conserva bastante peso como para constituir el centro de gravedad de la cuenca del río Tuxpan y, más hacia el norte, de la llanura costera hasta Ozuluama. En 1972, Banca Serfín le ganó definitivamente el paso a la banca local, y Bancomer instaló ahí su sede regional. Para los ganaderos, Tuxpan representa la plaza bancaria por excelencia.

Álamo no se ha visto favorecida por servicios de escala nacional y vive dependiendo de Tuxpan o de Poza Rica en todo lo relativo a la propiedad de la tierra (SRA) o a lo económico (SARH) o a lo institucional. Sufre amargamente por esta situación, pues aunque ir a Tuxpan es cuestión de apenas una hora, y a Poza Rica dos, arreglar un asunto cualquiera con el ingeniero de la SARH o el experto de un banco toma la mitad del día.

En un orden jerárquico, por encima de las cabeceras de los alrededores, que sólo son eso, meras cabeceras, Álamo se distingue por ser una ciudad activa, que brinda sus capacidades prácticas al campo circundante. Sin embargo, permanece bajo la dependencia de Tuxpan en lo que a servicios se refiere, mientras que esta última se somete a su vez a Poza Rica.

Entre competitividad y complementariedad

El municipio de Tuxpan es ante todo la ciudad de Tuxpan, soberana de “su” territorio y que tiene pretensiones de puerto de alta mar, mientras que el municipio de Álamo es una inmensa extensión de tierra que alberga un gran mercado rural. Tuxpan es burguesa y brinda sus servicios a

los propietarios-ganaderos que la rodean. Álamo es humilde, repara la maquinaria agrícola y está dotada de una pequeña industria. La primera huele a brisa de mar, la segunda a polvo y aceite de motor.

Tuxpan, perteneciente a la historia, ha asumido un papel geopolítico protagónico. Sostenido por su pasado, actualmente aspira a vivir de su "capital mercantil". El carnaval y la feria ganadera perpetúan la marca del tiempo en el ciclo de las manifestaciones anuales. Por su parte, Álamo tiene apenas un siglo de historia y se satura de actividades para "recobrar el tiempo perdido". Cada una de ambas cabeceras es reflejo fiel del municipio del que forma parte: una lo controla, otra resulta de él. Tuxpan protege a sus ranchos; en Álamo convergen las actividades que se desarrollan en los naranjales y es el primer municipio citrícola de la República (1991).

Desarrollo autónomo

He aquí dos entidades que viven juntas, a orillas de un mismo río, pero que permanecen ajenas entre sí en cuanto a sus actividades y sus perfiles sociales. La Unión Regional de Ganaderos tiene a Tuxpan por sede, la Unión de Citricultores a Álamo. Ambas codician los mismos mercados, pero los ganaderos parecen "niños grandes y consentidos", que no tienen una idea cabal de cómo organizarse. Por su parte, los citricultores, como "bribonzuelos despeinados", se las arreglan para controlar la distribución de su producción y mandan construir fábricas de jugos, financiadas en buena parte con dinero propio.

Desarrollando actividades que vibran de manera diferente en torno a dos núcleos separados entre sí, y al mismo tiempo contiguos, Tuxpan y Álamo se miran con recíproco desdén y no se reconocen como municipios hermanos.

La burguesía de Tuxpan ve en Álamo un pueblo grande, de proyección estrictamente local, con una función aglutinadora y nada más. Le gustaría que ambos municipios permanecieran atados entre sí, como en los viejos tiempos. Por su parte, la gente de Álamo afirma que ambos municipios están el uno al lado del otro. Eso es todo.

Tuxpan se niega a admitir que Álamo se ha convertido en una etapa de la carretera federal norte-sur, con acceso directo a la frontera, a los puertos de Tampico-Altamira y a la ciudad de México, vía Poza Rica. El enlace Tihuatlán-Tuxpan-Potrero del Llano, que exige más tiempo y más kilómetros, ya sólo lo utilizan aquellos cuyo destino final es Tuxpan. Sólo el tránsito municipal recorre el gran puente "urbano", que suscitó tantos elogios durante su inauguración (1958-1959), como una herra-

mienta que facilitaría el intercambio. Lo que es peor, la estructura del puente ha bloqueado el tránsito fluvial y ha separado definitivamente a la ciudad de los muelles, donde atracaban las goletas. El puente excluye al centro de la ciudad del tránsito proveniente del mar. Por lo mismo, la posición de mando que Tuxpan aún creía detentar se extinguió por completo mientras, simultáneamente, Álamo se libraba de su posición subordinada al aprovechar el progreso y apostarle al transporte terrestre.

Ambos municipios evolucionan, pues, de manera autónoma, y están divididos por ejes de comunicación divergentes. Álamo ya no se ubica en la periferia de Tuxpan; bien lo saben los trailers que pagan diez veces menos por atravesar por el puente de Álamo que por el de Tuxpan. ¿Podemos acaso afirmar que el cosmopolitismo es el denominador común de esos espacios aledaños, inscritos dentro del estado de Veracruz desde hace poco más de un siglo?

El Estado interventor

El gobierno federal pretende tal vez evitar este cuestionamiento, al intervenir en búsqueda de un equilibrio. No sólo porque la agitación de Álamo estorba a la serenidad de Tuxpan, sino también dentro de un contexto globalizante, en aras de revigorizar un centro costero aletargado, a pesar de su posición geográfica de primer nivel. En efecto, Tuxpan pertenece a un dispositivo que va infinitamente más allá de la escala local.

Las ideas que orientan la acción federal parecen responder a dos objetivos. El primero, parcialmente alcanzado en el caso de Álamo, consiste en poner al alcance de los habitantes de las zonas rurales las facilidades propicias para su integración nacional: equipamiento escolar y sanitario, carreteras pavimentadas y puentes, red interna de vías de comunicación. El segundo pretende, más específicamente, devolverle a Tuxpan la función perdida, creando un auténtico puerto, aparejado a un centro industrial. La construcción de la planta termoeléctrica (obra entregada en su tercera fase) podría constituir un elemento clave en este proyecto. El beneplácito manifestado ante el proyecto de instalación de una maquiladora de la Chrysler, y el apoyo brindado a la Unión Regional Ganadera para que alcance mayor competitividad en los mercados nacional e internacional (apoyo para la construcción de mataderos y cámaras de refrigeración) representan para el Estado, en relación con su política global, la oportunidad para devolverle su prestigio a la sociedad tuxpeña, haciéndola participar más activamente en los intercambios económicos.

El interés que el poder ha demostrado últimamente por Tuxpan, el

afán de “modernizar” el lugar, no parece tener otro fin: convertir ese punto en un centro dinámico de escala nacional, entre Veracruz y Tampico-Altamira, uno capaz de manejar parte de la carga mexicana que actualmente transita por Houston, Texas. Es un interés que se plasma en las armoniosas relaciones entre las diversas instancias, públicas y privadas, y las autoridades locales, que contribuyen al clima de estabilidad social. Para la presidencia de la República, Tuxpan representa un lugar propicio para aplicar iniciativas que contrarresten, en el ámbito del golfo, la acción de los sindicatos, de fuerte presencia en Veracruz y Tampico. Existen dos prioridades bien explícitas: acondicionar un puerto de altamar y comunicarlo directamente con la capital mediante una carretera de elevado volumen de tránsito.

La unión transversal

Hablemos, para empezar, del proyecto portuario. A finales de 1990 se inició el dragado del canal que enlaza los muelles de carga y descarga de la orilla derecha para aumentar la profundidad de 8 a 12 metros y permitir el acceso de los grandes cargueros. Para facilitar el paso por la barra y contener los bancos de arena que los vientos del norte acumulan en el estuario, se prolongó el rompeolas norte (reacondicionado ya en los años cincuenta). Se pretende así crear una terminal marítima del río, con muelles para descarga a granel y con plataformas para los contenedores (13 000 m²), con dos enormes grúas de pórtico como las de Altamira.

Entre los argumentos a favor de este proyecto, se menciona que Tuxpan está asumiendo el segundo lugar, entre los puertos mexicanos del golfo, en la manipulación de contenedores (47 000 registrados en 1990, sobre todo en las entradas, por Tecomar, filial de la Volkswagen), y que recibe anualmente más de 600 000 toneladas de granos. Se planea construir un segundo puente río arriba, para facilitar las relaciones entre el interior, la ciudad y la terminal (*El Financiero*, 22 y 23 de abril de 1991).

Como el tren no pasa por Tuxpan (aunque desde el siglo XIX se haya pensado conectar a la ciudad con el ferrocarril interoceánico), el segundo proyecto, que los notables del lugar exigen desde 1973, consiste en comunicar ese sector del golfo de México mediante una carretera de cuatro carriles. El análisis del trazado está lo bastante avanzado como para que las autoridades puedan anunciar la construcción de la autopista en 1995-1996. Los rumores corren, veloces, en torno al punto final de la

vía rápida, que podría poner de cabeza a algunos barrios tuxpeños. Según las informaciones recabadas en la Sección de Obras Públicas de Álamo, se trata de una autopista proveniente de Huauchinango, la zona de mayor dificultad debido al relieve, que desembocaría en el municipio de Álamo, en la orilla norte del río, y pasaría a la altura de Tierra Blanca, aprovechando más hacia el este la ruta del antiguo ferrocarril de la compañía petrolera, El Águila, para unirse finalmente al ramal periférico que delimita el norte de Tuxpan.

Si este proyecto llega a realizarse, un eje este-oeste atravesaría ambos municipios adyacentes, cruzando el eje norte-sur que actualmente favorece a Álamo. Probablemente ello contribuiría a pacificar las relaciones entre vecinos, y a la vez ofrecería a cada una de ellas nuevas oportunidades de apertura.

En lo referente a Tuxpan, ciudad a la que está destinado el proyecto, podemos decir que el enlace con la capital del país por fin se hará realidad. ¿Le ofrecerá acaso nuevas opciones, incrementará las visitas de barcos extranjeros al puerto y de turistas capitalinos a las playas, tiendas y hoteles? ¿Son realmente atractivas las playas de Tuxpan, tan cerca de las terminales petroleras y recurrentemente azotadas por los nortes? En el caso de Álamo, el nuevo eje reforzaría su papel de encrucijada, y facilitaría quizá la comunicación de la zona occidental, aislada hasta ahora por los afluentes del río Tuxpan. Bastaría un nuevo puente (¿será factible?) sobre el Vinazco para que esa parte, actualmente alejada de la ciudad, se conecte directamente con el autotransporte internacional. Esto podría significar un incremento en el desarrollo de las huertas y, tal vez, una modernización de la ganadería en ese sector. De cualquier forma la carretera representaría un punto más a favor de todo el municipio, puesto que la carretera actual (norte-sur), que lleva hacia Potrero del Llano, cruzaría la autopista (este-oeste) a menos de 10 km al norte del puente que goza ya de una gran afluencia vehicular.

Sólo faltaría explotar el "paleocanal" de Chicontepec, que a todas luces repercutiría de manera directa en el desarrollo de Álamo y de Tuxpan. Pemex asegura interesarse exclusivamente en la lejana sonda de Campeche, donde tiene planeadas seis perforaciones para 1992 (*La Jornada*, 21 de diciembre de 1991). Pero, ¿qué es lo que ocurriría realmente? Fabriquemos el futuro.

Liebre voladora y gato dormilón

Junto a Álamo, donde están reunidos agricultores exitosos que manio-
bran para que su municipio viva como una empresa agrícola "triunfado-

ra" a corto plazo, podríamos concebir sincrónicamente a Tuxpan como un municipio-ciudad comerciante, al que se añadiría un puerto industrial generador de mano de obra eventual y subempleada. ¿Por qué no imaginar también una urbe rodeada de un campo soñoliento, con una población de "fin de semana"? Parece un cuadro moderno, dentro del abanico de lo posible, a menos de que el campo tuxpeño, hoy por hoy menos eficiente que el de Álamo, llegue a diversificar su producción y se recupere del estado anestésico en que lo mantiene la ciudad. Hemos dicho que, comparados con los de Álamo, donde la naranja es soberana, los ejidatarios de Tuxpan le apuestan a la diversidad con la toronja, el limón, la sandía y el chile. Tal vez los grandes pastos actuales sean conquistados mañana por lo que hoy constituye apenas un intento.

¿Logrará la acción concertada de los poderes públicos reconciliar a estos dos vecinos que toda la historia social y económica reciente ha tendido a separar? Es decir, ¿redundará la reciente intervención del Estado en la construcción de una nueva pieza a lo largo del golfo de México, con base en la complementariedad e inscrita dentro de un dispositivo general de ordenación del territorio nacional?

El porvenir es imprevisible por naturaleza. Todo intento de programación seguirá siendo aleatorio, máxime que el espacio estudiado podría integrarse en un futuro a los sistemas comerciales, más allá de la escala de relaciones interregionales o internacionales reconocida en la actualidad. El sistema de Álamo, conformado por una sociedad nueva que manobra en un espacio económico favorable, no puede considerarse duradero a corto y mediano plazos sin considerar la capacidad de intercambio y beneficio (¿para quién?) que generará el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá, en aras del cual se ha propuesto una reforma a la ley agraria nacional (1991-1992).

Nuestra única certeza es que la respuesta a la cuestión social ya no radicará en el reparto agrario, sino en el mejoramiento de los lugares de vida y, probablemente, en una diversificación de las actividades, es decir, una apertura más amplia hacia los sectores secundario y terciario. Las posibilidades para reorientar las tendencias actuales son múltiples, tanto que resulta imposible, en el caso de Tuxpan y Álamo (aun cuando sólo se tratara de estos dos municipios), determinar cuáles son los datos que presagian un cambio. ¿Qué tipo de comercio, basado en qué producción, tendremos en el 2000, año de referencia que dentro de ocho se convertirá en una realidad? Si replanteamos idéntica interrogante para el año 2050, ¿cuántos habitantes poblarán los dos municipios estudiados?, ¿cuál será la distribución de su densidad?, ¿en qué intrincada madeja de lazos de solidaridad o de guerras comerciales estarán atrapados?

Sí, el nuestro es un discurso coyuntural, un panorama apenas de lo

visible, lo reconocible y lo imaginable. ¿Penetrar hasta lo hondo? Eso es ya otro asunto.

Recibido en febrero de 1992

Revisado en junio de 1992

Correspondencia: Institut Français de Recherche Scientifique pour le Développement en Coopération (ORSTOM)/213, rue La Fayette 75480 Paris Cedex 10: El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, Camino al Ajusco 20, Col. Pedregal de Santa Teresa, 10740, México, D.F.

Bibliografía

- Alafita Méndez, L., y F. Gómez Cruz (1991), *Tuxpan, Veracruz: imágenes de su historia*, Jalapa, Archivo General del Estado de Veracruz.
- Bataillon, C. (1991), "Pétrole et tropique, la façade du Golfe", en *Amérique Latine Géographie Universelle*, vol. IV, Paris, Hachette/Reclus Ed.
- Cambrezy, L., J. Erhenzweig y J. López C. (1991), *Atlas ejidal del estado de Veracruz. Encuesta nacional agropecuaria 1988*, Aguascalientes, INEGI/ORSTOM.
- Doode, S., e Y. Molina (coord.) (1979), *Diagnóstico socioeconómico de la zona Pantepec-Vinazco*, México, Estudios Especiales-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), mimeo.
- Fages, E. (1959), *Noticias estadísticas del departamento de Tuxpan*, México, Ed. Citlaltépetl (colección Suma Veracruzana, Historiografía) [1a. ed. 1854].
- INCOSEPP (ed.) (1974), *Perspectivas de Álamo, Veracruz, 1972-1974*.
- Kvam, R. (1985), *Oil, Oranges and Invasions. Economic Development and Political Mobilization in Eastern*, Bergen, Christian Michelsen, Departamento de Ciencias Sociales y Desarrollo, mimeo.
- Meade, J. (1962), *La Huasteca veracruzana*, México, Ed. Citlaltépetl.
- Pepin-Lehalleur, M. (1989), "Un Mexique rural post-agrariste pour l'an 2000?", mesa redonda Le Mexique à l'aube du troisième millénaire, CNRS/CREDAL, mimeo.
- Sánchez Durán, A. et al., (1977), *Breviario municipal*, Jalapa, Unidad de Estadísticas Políticas, Económicas y Sociales.
- Schejtman, A. (1982), *Economía campesina y agricultura empresarial (tipología de productores del agro mexicano)*, México, Siglo XXI Editores.
- Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología (1988), *Plan de desarrollo urbano*, Tuxpan, Veracruz, mimeo.
- Verduzco, Gustavo (1982), *Campesinos itinerantes. Colonización, ganadería y urbanización en el trópico petrolero de México*, Michoacán, El Colegio de Michoacán.

